Maricarmen esperando en una parada de autobus.
Maricarmen es sevillana de pro. O al menos así lo dice su acento.
Maricarmen está esperando a Dámaso, su marido.
Le llama Papá. A Dámaso, su marido, le llama papá.
A su lado, dos pequeños: Maricarmen hija, y Dámaso hijo.

Maricarmen.—Tiene que estar al caer, *papá*. *(A público)* Me vengo aquí a esperar a *papá*. Creo que llegará en el autobus, pero vete tú a saber… con los voluntos que le dan, lo mismo un día de estos se presenta aquí en un barco.
(Pensando en voz alta) La verdad que ya va pintando su poquito de fino, que el aire este de Madrid te deja la garganta hecha un trapo. No es por ná, pero si esta ciudad tuviera un poquito más de limpio el ambiente y un río en condiciones, otro gallo le cantaría. ¡Dámaso! ¡Deja tranquila a tu hermana! Si te viera tu abuelo… Bueno, si me viera a mí ya tendría bastante *(A Dámaso hijo)* Sí hijo, ya mismo bajamos a Sevilla a verlos y te pones otra vez su *shaquetita* para desfilar.
Papá es militar. Bueno, mi padre es militar. No *papá* mi Dámaso. Hago la aclaración, porque a veces me lio hasta yo y como encima se llevan tan bien entre ellos…
(…) *(A Rocío)* No, hija. Cuando vayamos a Sevilla tampoco bajará papá esta vez. (…) Ya lo sé, pero es que tiene mucho trabajo el hombre. Pues eso, que prefiero que *papá* baje lo justo a Sevilla. No es plato de buen gusto tener que estar lidiando con dos cabezones y para tres días que bajo a casa de higos a brevas, como que no. Es sin que baje papá, y tengo que aguantar lo más grande… Le llama *El chupatintas*. Mi padre a *papá* le llama así. Que no me hace ni pizca de gracia, pero una tiene que hacer por dónde.
(A Dámaso hijo) ¡No le digas *chupatintas* a tu hermana, hombre!
¿Lo veis? Pues eso.